

---

# LOS BASTARDOS DE AURORA

---

Rubén Montefeltro (La Pluma Real)

Martha Lombardo

Luna (Phoenix) Lombardo

Teresa Dirichlet

Salazar Montefeltro

Natalia Montefeltro

Cintia Montefeltro

Dobriilo Montefeltro (El caballero de la Bondad)

Alejandro

Zuzen

## Teresa: Los jueves por la tarde

Está bien, hace mucho tiempo, en la ciudad Aurora, dos personas se conocieron, yo, con un hombre encantador, un hombre tan amable y gentil, sus encantos eran sumamente grandes, era tan dulce, todas las noches eran buenas cuando estaba con él. Apenas y nos conocimos y comenzamos a salir, en aquellos días yo era tan solo una chica que trabajaba en un restaurante, eso no era particularmente algo bueno para el señor Salazar, desde el inicio no me llevé bien con él, en realidad, no me llevé bien con nadie.

Su nombre era Giotto Montefeltro, tenía el mismo nombre que su bisabuelo, su espíritu era tan confortante, lo veía a los ojos y sentía que no tenía problemas, no me creerán, pero, el día que nos conocimos en aquel restaurante, me dijo:

—Me presento, Giotto Montefeltro, estoy desempleado, pero me encantaría saber si hay una vacante... en su corazón.

Simplemente le sonreí, le llevé la carta y me invitó a comer, claro que me rehusé, pero, otro día, el de mi descanso, me pidió que comiéramos juntos. Esa misma tarde, frente a un lago, nos besamos y acepté a salir con él más seguido. El padre de Dobrilo era bastante apuesto, sinceramente no puedo haber pedido a alguien mejor, no era el más guapo, pero era sin duda el mejor de todos, aunque me mantuve ocultando mucho mi historia, él se dio cuenta y dejó de preguntar.

Oh, ¿mi familia?, pues, no era el mejor de los momentos, en Aurora las diferencias entre las personas importan, bastante, eran dueños del restaurante, bueno... mi madre, era la dueña, pero, enfermó y no se pudo hacer nada. Yo no fui particularmente muy dada a la escuela, la mayoría del tiempo me dediqué al negocio familiar. Aprendí varias cosas, pero no lo mantuve sola, así al menos podía tener un día de descanso.

Giotto y yo continuamos saliendo, era de noche, tomó mi mano, me besó el cuello, y me pidió que me casara con él. Yo, no tenía idea qué hacer, apenas pasaron unas cuantas citas y el tipo ya quería casarse, le dije que debía de pensarlo más detenidamente, casarse no era algo así de fácil. Además, ¿conmigo?, no entendía qué tenía de bueno pasar una vida conmigo.

El siguiente jueves no lo vi. Oh, sobre las citas... bueno, no sé si deba contarles eso, pueden robar las ideas de Giotto. Claro que sí, ustedes dos solo son amigas, sí, sí, por supuesto, bueno... veamos, la primera, pues fue al restaurante con una flor blanca, la tuve en un vaso de cristal, sinceramente no sé cómo cuidar flores y no duró tanto, vivíamos en la parte alta del restaurante, era de madera, no sé qué pasara con él. Como sea, me llevó al parque, casi no había salido para nada, Sofía se había encargado de la mayoría de las cosas, como reabastecer los ingredientes y las deudas.

Comimos unas salchichas juntos, y nos quedamos sentados en un parque, no creerán cómo me pidió el beso, me dijo que tenía un poco sucio el labio, me preguntó si quería que lo limpiara, yo le dije que por supuesto, pero que cómo iba a limpiarlo, ninguno de los dos tenía papel, y el tacaño señor de las salchichas no nos dio servilletas, entonces me contestó:

–No planeaba usar papel, ni siquiera usar las manos – Lo miré como diez segundos

–Me volveré vieja y probablemente mi labio siga sucio – sonrió y entonces, nos besamos.

La siguiente cita lo hice esperar, era mi día libre pero tuvimos la casa llena, así que tuve que ayudar a Sofía con varias cosas, me esperó pacientemente parado en una esquina, trató de ser mesero pero... definitivamente no era lo suyo, digo, era bastante amable pero... no conocía nada del menú, aunque le sacaba sonrisas a las personas, eso ayudó con su paciencia, llevaba traje como de costumbre, le decían que se veía bien, parecía un niño jugando, quizá eso era lo que más me encantaba de él, siempre sonreía cuando lo veía.

Al terminar, nos fuimos juntos, le compré un helado, le advertí que era su pago, pues no estaba contratado, subimos a un carrusel, sinceramente el carrusel dio igual, nos quedamos viendo el uno al otro durante todo el recorrido, si el caballo en el que iba estaba en mal estado, iba rápido o lento, no me hubiera importado, pues solamente recuerdo sus ojos, aquellos bellos ojos brillantes, azules como los de mi hijo. Si el mundo hubiera terminado esa noche, tampoco hubiera importado, no recuerdo nada más que su sonrisa y su rostro, un rostro que tenía la terrible fortuna de envejecer algún día, y honestamente, me hubiera encantado verlo, aunque me hubiera dolido, envejecer con él era lo mejor de mi vida.

La tercera cita simplemente nos quedamos en la hierba, hasta que se dieron las diez de la noche, no dijimos nada, no hacía falta, no era el hecho de decir algo, era el hecho de estar juntos, de vernos, o de saber que estábamos al lado del otro, de tocar nuestros dedos y saber que todo estaba bien, el cielo brillaba y era hermoso, pero ambos sabíamos que no era tan hermoso como la persona que estaba con nosotros, uno podía cerrar los ojos y sentir la brisa de la noche en su piel, el ruido de los insectos, la calma nocturna en un parque.

No eran necesarias las palabras, cuando decidimos regresar él me preguntó si quería volver a hacer algo como eso, en la cuarta cita, me llevó otra flor, esta vez celeste, dijo que eran realmente especiales, esperen, ¿se están sonrojando?, pensé que estaba tratando con unas amigas supuestamente. No lleguen tarde a sus casas, ¿entendido?, no quiero que tu padre sepa que yo te conté esto, como si no bastara la mala fama que tengo, nunca que se lo pude contar, me apena tanto que me enterara de esta forma. Bueno... ustedes... ni se les ocurra citas de noche, ir al parque está bien, pero de día, además aquí no hay tantas personas que vendan cosas, o eso me dijo el señor Renoir.

Hablando de comer, definitivamente es hora de comer algo, pero, supongo que ustedes dos tienen planes para comer juntas, sí, sí, sí, dicen que no por cortesía, pero prefiero mucho más la honestidad, será mejor que vaya a la casa del señor Renoir, si quieren más de la historia no duden en visitarme, sinceramente me viene mejor, ir en carruaje es aburrido, además Félix se la pasa en su jardín o con sus amigos, pero ya saben lo que dice el tipo *No son de hablar mucho*, no sé quién le enseñó a hacer chistes, pero qué bueno que no vive de la comedia.

Oh, no, niña, qué dices, claro que no le dije que nos casáramos, me lo volvió a proponer, pero, con mucha más calma, bueno, eso es subjetivo, no pasó tanto tiempo. Entendió que necesitaba algo de tiempo para pensarlo, después de todo tan solo era una chica que fingía ser adulta con un restaurante que no era de ella. Sofía era realmente la que sí era una adulta, no nos llevábamos tanta diferencia de edad, pero, en cuestión mental, ella siempre me ganó en eso. ¿Cómo fue?, oh, vamos, váyanse a comer... ¡Comida!, por supuesto. Como si no conocieras a las chicas de su edad. Dejen de sonrojarse, no me engañan, se ve que están en el efecto de la tontería, parecen bobas cuando se cruzan sus miradas, vayan ya a comer y saluden a Pávlov, o... mejor no, no, no lo saluden, solo coman.

## Dobriło: El favor de las esferas